

AVALOROS, banquero.
MATEO MAJIS, usurero.
LOTHUNDIAZ, burgués.
ALFONSO FONTANARES, mecánico.
LAVRADI QUÍNOLA, su criado.
MONIPOEIO, antiguo miquelete.
COPPULUS, mercader de metales.
ESTEBAN, obrero.
GIRONA, otro obrero.
El mesonero del *Sol de Oro*.
Un ujier.
Un alcalde.
CARPANO, cerrajero. (Personaje mudo.)
FAUSTINA BRANCADORI.
MARÍA LOTHUNDIAZ.
PAQUITA, camarera de Faustina.
DOÑA LÓPEZ, dueña.

La acción del PRÓLOGO pasa en el palacio real de Valladolid, y la del DRAMA en Barcelona y en 1588.



PROLOGO

Palacio real de Valladolid. La escena representa la galería que conduce á la capilla. A la izquierda, la entrada de la capilla, y á la derecha, puerta que da á las habitaciones reales. En el fondo, la entrada principal, y á cada lado de ésta, dos alabarderos.

Al levantarse el telón, aparecen en escena tres caballeros y el capitán de guardias. Un alcalde de palacio está de pie en el fondo de la galería, y en el salón que precede á ésta, se pasean varios cortesanos.

ESCENA PRIMERA

EL CAPITÁN de guardias; QUÍNOLA embozado; un alabardero.

ALABARDERO.—(Deteniendo á Quínola.) Aquí no endra natie sin dener terecho. ¿Quién eres?

QUÍNOLA.—Un embajador. (*Le miran.*)

ALABARDERO.—¿Te tónde?

QUÍNOLA.—¿Te tónde? Del país de la miseria.

CAPITAN.—Id á buscar al mayordomo de palacio para que se tributen á su excelencia (*señalando á Quínola*) los honores debidos. (*Al alabardero.*) Tres días de calabozo.

QUÍNOLA.—(*Al capitán.*) ¡Bonita manera de respetar el derecho de gentes! Ya sé que vuestro rango es de los más elevados y que yo soy de muy humilde condición; pero con dos palabritas nos igualaremos.

CAPITAN.—¡Bellaco!

QUÍNOLA.—(*Tomándolo aparte.*) ¿No sois el primo de la condesa de Mondéjar.

CAPITAN.—¿Y qué?

QUÍNOLA.—Nada; que si bien es cierto que todavía goza de gran favor, puede que esté á punto de caer en un abismo... y sin cabeza.

CAPITAN.—¡Qué historias inventa esta gentuza! Oye, buena pieza, sólo estamos á diez y contigo ya son veinte y tantos los que han pretendido hablar á la favorita para sacarle algunas pistolas. Ya puedes largarte... si no ..

QUÍNOLA.—Monseñor, preferible es hablar con malos modos á muchos infelices á quedarnos sin saber lo que os manda á decir vuestro angel bueno. Y ya veis que casi casi, (*Se desemboza*) traigo su mismo traje.

CAPITAN.—Acabemos. ¿Dónde están las pruebas?

QUÍNOLA.—(*Mostrándole una carta.*) En estas palabras: entregádsela vos mismo, porque el secreto ha de quedar entre nosotros, y que me ahorquen si no véis caer desmayada á la marquesa cuando la lea. Por lo que hace á mí, ya podéis suponer que, como buen español, maldita la gracia que me hace la horca.

CAPITAN.—¿Y si alguna mujer ambiciosa hubiese comprado tu vida para llevar á cabo una venganza?

QUÍNOLA.—¿Tan despreciable soy? Os juro que mi vida vale tanto como la de César. En

fin, tomad, caballero. (*Rompe el sobre de la carta, la huele, la desdobra y se la da.*) ¿Estáis contento?

CAPITAN.—(*Aparte.*) Aun tengo tiempo. (*A Quínola.*) Aguarda aquí, voy á verla.

ESCENA II

QUÍNOLA

QUÍNOLA.—(*Mirando al capitán.*) ¡Anda! ¡Oh! querido amo mío, si el tormento no ha roto ya tus pobres huesos, pronto saldrás de las mazmorras de la santísima inquisición. Quínola, tu perro fiel, te dará la libertad. ¡Pobre!... ¿Quién ha dicho pobre? Cuando esté libre, nuestras esperanzas se transformarán en hermosas monedas. El que ha sabido vivir seis meses en Valladolid sin un ochavo y burlar á los alguaciles, me parece que algún talento debe de tener, y aplicado á . . . otra cosa podría llevar á un hombre... ¿á dónde?.. Pues á otra parte. En fin, que yo, Quínola, voy á tener la honra de hablar al rey. Dios de los desheredados, dame la elocuencia... de... una mujer bonita, de la marquesa de Mondéjar, por ejemplo.

ESCENA III

QUÍNOLA, el CAPITÁN.

CAPITAN.—(*A Quínola.*) Aquí tienes cincuenta doblones que te manda la marquesa para que te presentes en palacio como es debido.

QUÍNOLA.—(*Pasando las monedas de una mano á otra.*) ¡Ah, cuánto se ha hecho esperar

este hermoso rayo de sol! Os juro, señor, que volveré más arrogante que una sota de oros. De ella he tomado mi nombre. Quínola, para serviros; Quínola, dentro de poco señor de extensos dominios. En ellos haré justicia, cuando... (*Aparte*) yo no tenga ya que temerla.

ESCENA IV

Cortesanos, el CAPITÁN

CAPITAN.—(*Solo en la escena.*) ¿Qué secreto habrá sorprendido ese miserable? Casi se ha desmayado mi prima, y ha dicho que se trataba de todos sus amigos. El rey debe de andar en este enredo. (*A un caballero.*) ¿Ocurre algo de nuevo en Valladolid, duque de Lerma?

LERMA.—(*En voz baja*) Dicen que esta mañana, al romper el día, han asesinado al duque de Olmedo, junto al jardín del palacio de Mondejar.

CAPITAN.—Lo creo muy capaz de hacer la comedia de un asesinato para perder á mi prima; pues el rey, como todos los grandes políticos, acostumbra á dar por cierto cuanto tenga visos de probabilidad.

LERMA.—También dicen que la enemistad del duque y de la marquesa es puro fingimiento, y que no hay manera de perseguir al asesino.

CAPITAN.—Señor duque, quien repita esa infamia ha de presentar pruebas, y aún así, sólo podría escribirse con una espada tinta en sangre.

LERMA.—Me pedisteis noticias... (*Se retira.*)

ESCENA V

Dichos y la marquesa de MONDEJAR

CAPITAN.—¡Ah! aquí está mi prima. (*A la marquesa.*) Muy agitada estáis aún, querida marquesa. Conteneos, por Dios; pueden observaros. Va en ello nuestro porvenir.

MARQUESA.—¿Ha vuelto ese hombre?

CAPITAN.—¿Pero, cómo ha podido alarmaros de ese modo un miserable?

MARQUESA.—Mi vida está en sus manos; más que mi vida: la de alguien que, apesar de mil precauciones, inspira celos...

CAPITAN.—Al rey... ¿Será, pues, verdad que ha hecho asesinar al duque de Olmedo, como dicen por ahí?

MARQUESA.—¡Ay! no sé qué pensar... Mi desgracia es cierta. ¡Sola, sin recursos... y tal vez, abandonada dentro de muy poco!

CAPITAN.—Contad conmigo. Estaré en acecho á todas horas.

ESCENA VI

Dichos, QUÍNOLA

QUÍNOLA.—Sólo me quedan treinta doblones, pero voy como si tuviera sesenta. ¡Esto se llama un perfume exquisito! La marquesa puede hablarme ahora sin escrúpulos.

MARQUESA.—¿Es ese nuestro hombre?

CAPITAN.—Sí.

MARQUESA.—Pues haced de modo que no nos oigan (*A Quínola.*) ¿Puedo saber quién sois, amigo mío?

QUÍNOLA.—(*Aparte.*) ¡Su amigo! No hay nada como estar en el secreto de una mujer para

que le llamen amigo. *(Alto.)* Señora, soy un hombre que está muy por encima de todas las circunstancias.

MARQUESA.—Muy lejos se va de ese modo.

QUÍNOLA.—¿Es una amenaza ó un aviso?

MARQUESA.—Señor mío, es usted un impertinente.

QUÍNOLA.—Os suplico que no confundáis la perspicacia con la impertinencia. Queréis conocerme antes de hablar de nuestro asunto, es muy natural; permitidme, pues, que os allane el camino. Mi verdadero nombre es Lavradi, y este Lavradi debiera estar ahora en un presidio de Africa por diez años. Nada, un error lamentable de los alcaldes de Barcelona. Quínola, vuestro humilde servidor, es la conciencia de Lavradi, blanca y pura como vuestras lindas manos. Claro, Quínola no conoce á Lavradi. ¿Conoce acaso el alma el cuerpo donde mora? En vuestras manos está que el alma de Quínola se una al cuerpo de Lavradi; sobre todo, si tenéis en cuenta que Quínola se encontraba esta mañana junto á la puertecita de vuestro jardín con los amigos de la aurora que han detenido al duque de Olmedo.

MARQUESA.—¿Le ha pasado algo? Decidme.

QUÍNOLA.—Lavradi aprovechará esta ocasión para suplicar que le perdonaran, pero Quínola, señora, es hidalgo.

MARQUESA.—Mucho os ocupáis de vos.

QUÍNOLA.—Y muy poco de él. ¿no es esto? El duque padeció el lamentable error de creernos viles asesinos, cuando nuestra intención no era más que suplicarle, —un poco temprano, lo confieso, —que nos hiciera un préstamo con hipoteca de nuestros esto-

ques. El famoso Mayoral que nos mandaba, acosado por el duque, se vió en el duro trance de herirle de una estocadilla que nadie conoce más que él.

MARQUESA.—¡Ah! ¡Dios mío!

QUÍNOLA.—Bien vale la dicha gozada este pequeño percance.

MARQUESA.—Calma. Este hombre lo sabe todo.

QUÍNOLA.—Cuando vimos que el señor duque no tenía ni un maravedí — ¡gran imprudencia, señora! — no hubo más remedio que dejarlo allí. Y como de toda aquella gente el menos comprometido era yo, recibí el encargo de acompañarle. Pues, como iba diciendo, al arreglarle los bolsillos, tuve la fortuna de tropezar con la cartita que le habíais escrito. Y al informarme de vuestra posición en la Corte, he comprendido...

MARQUESA.—Que estaba hecha tu fortuna.

QUÍNOLA.—Todo lo contrario... ¡Que peligraba mi cabeza!

MARQUESA.—Bien, y...

QUÍNOLA.—¿No adivináis? Vuestra carta está en manos de un hombre seguro, el cual, si me sucediera alguna desgracia, la enviaría al instante y sin escrúpulos al mismo rey. ¿Hablo claro?

MARQUESA.—¿Qué deseas?

QUÍNOLA.—¿Habláis á Quínola ó á Lavradi?

MARQUESA.—Lavradi será perdonado. ¿Qué desea ahora Quínola, entrar á mi servicio?

QUÍNOLA.—Los expósitos son hidalgos, señora. Quínola os devolverá la carta sin pedir un solo maravedí, sin obligaros á nada indigno, pero cuenta con que no atentaréis contra la vida de un pobre diablo en cuyo pecho late el corazón del Cid.

MARQUESA.—¡Qué caro me vas á costar, bribón!

QUÍNOLA.—Hace poco me decíais «amigo mío».

MARQUESA.—¿No eras mi enemigo?

QUÍNOLA.—Pues me fio de vos, señora, y voy á deciros todo... Pero... no os riáis... ¿lo prometéis?... Quiero...

MARQUESA.—¿Quieres?

QUÍNOLA.—Hablar al rey... aquí, cuando vaya á la capilla. Haced que acoja bien mi petición.

MARQUESA.—¿Pero, qué le vas á pedir?

QUÍNOLA.—La cosa más sencilla del mundo, una audiencia para mi amo.

MARQUESA.—Explicate; el tiempo apremia.

QUÍNOLA.—Soy el criado de un sabio. Y si el genio se mide por la pobreza, podéis estar segura, señora, que tenemos demasiado genio.

MARQUESA.—Al grano.

QUÍNOLA.—De Cataluña ha venido don Alfonso Fontaneres para ofrecer al rey el cetro de los mares. En Barcelona lo creyeron todos loco, y aquí pasa por hechicero. Al escuchar sus inauditas promesas, todos los cortesanos se han burlado de él ignominiosamente. Unos le brindaban su protección para perderle; otros, ponían en duda su secreto para arrancárselo á traición: ya podéis suponer, los sabios; en fin, muchos han querido asociarse con él para emprender juntos el negocio: claro, capitalistas que pretendían saquearlo. Tan mal iban las cosas, que ya no sabíamos qué sería de nosotros. Ya sé yo que nadie podrá negar el gran poder de la mecánica y de la geometría; pero tampoco puede negar nadie que los teoremas más sublimes dan muy poco que comer. Cualquier encebollado de liebre es mucho más importante para el estó-

mago. Sin ir más lejos, este invierno lo hemos pasado mi amo y yo calentándonos con nuestros proyectos y rumiando nuestras ilusiones... Pues bien, señora, el infeliz gime hoy en una prisión porque dicen que tiene pacto con el demonio. Por desgracia, esta vez tiene razón el Santo Oficio: constantemente hemos visto al diablo en el fondo de nuestra bolsa. Conque, señora, inspirad al rey el deseo de ver al hombre que le trae dominios tan extensos como los que Colón ha dado á España. Os lo suplico con toda mi alma.

MARQUESA.—¿Pero si después que Colón nos dió un nuevo mundo, nos están ofreciendo uno cada quince días!

QUÍNOLA.—¡Ah! señora, cada hombre de genio tiene su mundo nuevo. ¡Pardiez! Es cosa tan rara que un hombre haga su fortuna y la del Estado sin robar nada á nadie, que bien vale la pena de que se acojan con los brazos abiertos sus promesas.

MARQUESA.—Sepamos, al fin, de qué se trata.

QUÍNOLA.—Repito que no os riáis, señora. Se trata de hacer que los buques naveguen sin velas ni remos, contra el ímpetu del viento, por medio del agua hecha vapor.

MARQUESA.—¿Qué estás diciendo? ¿De dónde vienes? ¿Sueñas acaso?

QUÍNOLA.—Ya apareció aquello; el cantar de siempre. El hombre de genio que se anticipa á su época, ha de resignarse con amargura á pasar por loco años enteros. ¡Vulgo necio, esa es tu condición! Yo solo tengo fe en ese hombre; por eso le amo. Comprender es hacerse igual.

MARQUESA.—¿Y yo he de decir semejantes tonterías al rey?

QUÍNOLA — Sois la única persona en toda España á quien Su Majestad no mandará á callar.

MARQUESA — Tú no conoces al rey. Yo lo conozco demasiado. (*Aparte.*) Es preciso recuperar la carta. (*Alto.*) Se presenta una circunstancia favorable para tu amo. En este momento ha sabido el rey la pérdida de la Armada. Ponte á su paso y le hablarás.

ESCENA VII

El capitán de guardias, cortesanos,
QUÍNOLA.

QUÍNOLA. — (*En primer término.*) ¿Conque es decir que no basta tener genio y demostrarlo á la faz del mundo para que se le conozca y se le admire? ¿De modo que hay que contar también con el destino, con catástrofes terribles, con pequeñeces despreciables, con una carta que ponga en peligro á una favorita para encontrar una lengua que hable, con la pérdida de toda una escuadra para que un príncipe se digne escuchar á quien le lleva el poderío y la riqueza? ¡Miserable casualidad! Está visto, sólo prosperan las medianías. ¡Vamos! en el duelo entablado entre Fontanares y su siglo ahora le toca á su pobre criado presentarse en escena... (*Se oyen campanas; todos llevan armas.*) ¿Será esto un buen presagio? (*Al capitán de guardias.*) ¿Cómo se habla al rey?

CAPITAN. — Te adelantarás, doblarás las rodillas y dirás: ¡Señor!... Y que Dios guíe tu lengua. (*Desfila el cortejo.*)

QUÍNOLA. — No habrá necesidad de arrodillarme; ya las piernas se me doblan. Es que

no se trata sólo de un hombre, sino de todo un mundo.

UN PAJE. — ¡La reina!

OTRO PAJE. — ¡El rey!

ESCENA VIII

Dichos, el rey, la marquesa de Mondéjar, el Gran Inquisidor, toda la Corte.

FELIPE II — Caballeros, imploremos la misericordia de Dios ya que en sus altos designios ha dispuesto humillar á España. Inglaterra se nos escapa de las manos, la armada se ha perdido. No os hacemos cargos, almirante. (*Se vuelve hacia el almirante.*) Vuestra misión no era combatir contra las tempestades.

QUÍNOLA. — ¡Señor! (*Dobla las rodillas.*)

FELIPE. — ¿Quién eres?

QUÍNOLA. — El más humilde y el más fiel de vuestros súbditos, el criado de un hombre que gime en las prisiones del Santo Oficio, acusado de magia sólo por querer dar á Vuestra Magestad los medios de evitar tan terribles desastres...

FELIPE. — Si no eres más que un criado, levántate. Sólo los nobles deben aquí inclinarse ante el rey.

QUÍNOLA. — Mi amo quedará entonces á vuestras plantas.

FELIPE. — Explicáte pronto. El rey no dispone en su vida de tantos instantes como súbditos tiene.

QUÍNOLA. — Entonces debéis una hora á un imperio que estará pronto en vuestro poder. Mi amo, don Alfonso Fontanares, está en las prisiones del Santo Oficio...

FELIPE.—Padre mío, (*Se aproxima al gran inquisidor*) ¿qué podéis decirnos de un tal Alfonso Fontanares?

INQUISIDOR.—Es un discípulo de Galileo; profesa abiertamente su doctrina condenada; y, luego, se vanagloria de poder realizar grandes prodigios ocultando los medios de que se vale. Se le acusa, además, de tener más sangre mora que española.

QUÍNOLA.—(*Aparte.*) Este cara de muerto va á echarlo todo á perder... (*Al rey.*) Señor, tened por seguro que mi amo no profesa otra brujería que estar locamente enamorado, primeramente de Vuestra Majestad, y luego de una hermosa joven de Barcelona, heredera de Lotundiaz, el más rico burgués de toda la ciudad. Impulsado por el deseo de saber, fué á Italia á estudiar ciencias naturales, y volvió, como es natural, con más sabiduría que riquezas. De modo, que para obtener la mano de su novia, tiene que esperar á que le sonrían la gloria y la fortuna.. Y ved ahora, señor, de qué modo se calumnia á los grandes hombres: Desesperado y abatido, fué en peregrinación á visitar a la Virgen del Pilar en busca de consuelo. La que ama se llama María. Al salir de la iglesia, se sentó fatigado á la sombra de un árbol y se quedó dormido. Allí se le apareció la Virgen y le inspiró la idea de un invento maravilloso, el de hacer andar los buques sin velas y sin remos contra la fuerza del viento y el empuje de las olas. Lleno de entusiasmo, ha acudido á vos, señor; pero le detienen en su camino, y expía hoy encarcelado la fe que depositó en la gloriosa virgen y en su rey. Sólo le queda su humilde criado, que vale-

rosamente os dice: Señor, existe un medio seguro de conseguir el dominio del universo.

FELIPE.—Veré á tu amo al salir de la iglesia.

INQUISIDOR.—¿No correrá peligro el rey?

FELIPE.—Mi deber es interrogarlo.

INQUISIDOR.—Y el mío hacer que se respeten los privilegios del Santo Oficio.

FELIPE.—Los conozco. Obedece y calla. Te debo un rehen, lo sé. (*Mira*) ¿En dónde está el duque de Olmedo?

QUÍNOLA.—(*Aparte.*) ¡Ay! ¡ay!

MARQUESA.—(*Aparte.*) ¡Estamos perdidos!

CAPITAN.—Señor, el duque no ha .. llegado todavía.

FELIPE.—¿Quién le ha permitido faltar de ese modo a los deberes de su cargo? (*Aparte.*) Parece que me engañan. (*Al capitán.*) Cuando llegue le dirás que el rey le ha encomendado la guarda de un preso del Santo Oficio. (*Al gran inquisidor.*) Dad la orden.

INQUISIDOR.—Iré yo mismo, señor.

LA REINA.—¿Y si el duque no viene...?

FELIPE.—Será que habrá muerto. (*Al capitán.*) Tú lo reemplazarás en la ejecución de mis órdenes. (*Pasa.*)

MARQUESA.—(*A Quínola.*) Corre á casa del duque; que venga sin tardanza, y que nadie sospeche que está casi moribundo. Todo cuanto se dice no ha de ser más que una calumnia..

QUÍNOLA.—Contad conmigo, pero protegidos. (*Para sí.*) Alégrate, Quínola. Creo que el rey quedó encantado de la historieta de la Virgen del Pilar. Yo le prometo... ¿qué le voy á prometer? Ya lo veremos después del triunfo.

Un calabozo

ESCENA IX

FONTANARES solo.

FONTANARES.— Ahora comprendo por qué Colón quiso que le colocaran sus cadenas en el ataúd. ¡Qué lección para los inventores! Todo descubrimiento es una *verdad*; y la verdad destruye tantos errores y tantos abusos, que los que sólo de ellos viven se levantan airados para exterminarla, y empujezan su obra ruin atacando al hombre. La paciencia es el escudo del innovador. No me faltará. Sólo que en mí es hija del amor. Para hacerme digno de María soñé siempre con la gloria. Buscaba, buscaba sin descanso, cuando un día veo volar una paja sobre una caldera, ¿quién no ha observado esto alguna vez? Yo adiviné allí una fuerza prodigiosa, y para medirla tapé la caldera. De pronto, salta con violencia la tapadera como lanzada por el rayo, y por milagro no me mata. Arquímedes y yo somos el mismo hombre. El quería una palanca para levantar el mundo. Yo la tengo ya, pero soy tan tonto que lo digo, y todas las desdichas caen sobre mí. Genio de las edades futuras, si muero y tienes la fortuna de descubrir otra vez mi secreto, obra y calla. La luz que descubrimos les sirve para encender nuestras hogueras. Galileo, mi sabio maestro, encarcelado está por haber dicho que la tierra gira sin descanso, y yo lo estoy porque pretendo organizarla. ¡No! Estoy preso porque no consentí que la sordidez se apodere de mi descubrimien-

to. Si no amara á María, de aquí saldría esta misma noche arrojándoles como á perros hambrientos el vil negocio; pero la gloria será siempre mía. ¡Oh, rabia! ¡Bah! la cólera es indigna de los hombres. Tengamos calma. Soy poderoso ¡Si al menos tuviera noticias del único hombre que tiene fe en mí! ¿Estará libre él, que mendigaba para alimentarme? Sólo el pobre tiene fe. ¡La necesita tanto...!

ESCENA X

El gran inquisidor, un familiar,
FONTANARES.

INQUISIDOR.— ¿Hablabais de fe, amigo mío? Sin duda habéis ya reflexionado juiciosamente. Vamos, evitad al Santo Oficio el triste deber de sus rigores.

FONTANARES.— Padre mío, ¿qué deseáis que diga?

INQUISIDOR.— Antes de poner os en libertad, el Santo Oficio debe tener la seguridad de que los medios que empleáis en vuestro invento son naturales...

FONTANARES.— ¿Creéis que si yo hubiera hecho pacto con el espíritu maligno, me dejaría aquí abandonado de este modo?

INQUISIDOR.— Es impío lo que acabáis de decir. El demonio tiene quien le mande. Nuestros autos de fe lo prueban.

FONTANARES.— ¿Habéis visto alguna vez un buque en el mar? (*El gran inquisidor hace un signo afirmativo.*) ¿Qué fuerza lo mueve?

INQUISIDOR.— El viento, que hincha sus velas.

FONTANARES.— ¿Fue acaso el demonio quien sugirió este medio al primer navegante?

INQUISIDOR.—¿Sabéis qué ha sido de él?

FONTANARES.—Tal vez se ha convertido en algún poder oculto del mar.—En fin, mi invento es tan natural como el suyo. He descubierto una fuerza prodigiosa que el hombre puede emplear como le plazca. El viento sólo obedece á Dios, y él es el que hincha las blancas velas de los buques y los empuja sobre las ondas, mientras que la fuerza que yo he descubierto late infatigable en las entrañas del buque mismo.

INQUISIDOR.—(A parte.) Este hombre puede ser muy peligroso. (Alto.) ¿Y no queréis decirnos qué clase de fuerza es esa?

FONTANARES.—Sólo lo diré al rey en presencia de toda la Corte. Así, nadie podrá arrebatarme ni la gloria ni la fortuna.

INQUISIDOR.—¿Os llamáis inventor y no pensáis más que en las riquezas! ¡Un ambicioso! Vuestro genio se empequeñece.

FONTANARES.—¡Ah! padre mío, me indignan tanto la envidia del vulgo, la avaricia de los grandes, la pedantería de los falsos sabios, que... si no amase á María, devolvería á la casualidad lo que la casualidad supo inspirarme.

INQUISIDOR.—¡La casualidad!

FONTANARES.—No, no quise decir eso. Devolveré á Dios el pensamiento con que iluminó mi inteligencia.

INQUISIDOR.—Sabed que Dios no os lo ha dado para que lo ocultéis. Nosotros debemos haceros hablar. (A un familiar.) Que preparen el tormento.

ESCENA XI

Inquisidor, FONTANARES, QUÍNOLA, el duque de OLMEDO.

QUÍNOLA.—¡El tormento! No es muy saludable que digamos.

FONTANARES.—¡Quínola! ¡Y en qué traje!

QUÍNOLA.—El del éxito. Pronto estaréis en libertad.

FONTANARES.—¿Libre? ¡Pasar del infierno al cielo en un instante!

DUQUE DE OLMEDO.—Como los mártires.

INQUISIDOR.—¡Caballero! ¿Cómo os atrevéis á pronunciar aquí semejantes palabras?

DUQUE DE OLMEDO.—He recibido del rey la orden de libertar á este hombre de vuestro poder, y os prometo ..

INQUISIDOR.—¡Gran falta ha sido esa!

QUÍNOLA.—¡Ah! queríais guisarlo en vuestras calderas llenas de aceite! Gracias. Las suyas nos permitirán dar la vuelta al mundo. Así (da vueltas al sombrero.)

FONTANARES.—Abrázame, y dime como...

OLMEDO.—Aquí, ni una palabra.

QUÍNOLA.—Es verdad (Señala los talones del inquisidor) porque las paredes tienen aquí demasiada inteligencia. Venid. Y vos, señor duque, ánimo ¡Ah! qué pálido estáis. Es preciso que tengais buen color; pero eso corre de mi cuenta.

(La escena cambia y representa la galería del palacio.)

ESCENA XII

El duque de OLMEDO, el duque de LERMA, FONTANARES, QUINOLA.

OLMEDO.—¡Llegamos á tiempo!

LERMA.—¿Conque no estáis herido?

OLMEDO.—¿Quién ha dicho eso? ¿Quiere perderme la favorita? ¿Estaría aquí como me véis? (A Quinola.) Quédate á mi lado para sostenerme.

QUINOLA.—(A Fontanares.) He aquí un hombre digno de aprecio.

FONTANARES.—¿Quién no lo envidiaría? No siempre se tiene ocasión de probar cuanto se ama.

QUINOLA.—Señor, guardaos de hablar ante el rey de todas esas tonterías de amor.. porque el rey... ¿sabéis?

UN PAJE.—¡El rey!

FONTANARES.—Valor; pensemos en María.

QUINOLA.—(Viendo desfallecer al duque de Olmedo.) Animo. (Le hace respirar el contenido de un frasquito.)

ESCENA XIII

Dichos, el rey, la reina, la marquesa de MONDEJAR, el capitán de las guardias, el gran inquisidor, el presidente del consejo de Castilla, toda la Corte.

FELIPE.—(Al capitán.) ¿Ha venido nuestro hombre?

CAPITAN.—El duque de Olmedo, á quien he encontrado en las escaleras del palacio, se ha apresurado á obedecer al rey.

OLMEDO.—(Con una rodilla en el suelo.) ¿Se

dignará el rey perdonar un retraso imperdonable?

FELIPE.—(Levantándolo por el brazo herido.) Decían que estabas moribundo... (Mira á la marquesa) de una herida recibida en un lance nocturno.

OLMEDO.—Ya me véis, señor.

MARQUESA.—(Aparte.) Se ha puesto colorete.

FELIPE.—(Al duque.) ¿En dónde está tu prisionero?

OLMEDO.—(Mostrando á Fontanares.) Aquí...

FONTANARES.—(Rodilla en tierra.) Dispuesto á realizar grandes maravillas para gloria de Dios y esplendor de vuestro reino.

FELIPE.—Levántate y habla. ¿Qué fuerza milagrosa es esa que ha de dar á España el imperio del mundo?

FONTANARES.—Un poder invencible, el vapor. Señor, el agua convertida en vapor se hincha, se dilata, buscando cada vez mayores espacios; y para conseguirlo levantaría verdaderas montañas. Mi invento doma esta fuerza. La máquina está provista de ruedas que azotan el mar, y el buque vuela sin miedo á las tempestades. Las travesías serán seguras y de una rapidez vertiginosa. La vida humana puede disponer del tiempo así economizado. Señor, Cristóbal Colón os dió un mundo á tres mil leguas de aquí; yo os lo pongo á las puertas de Cádiz y vuestro será, Dios mediante, el imperio de los mares.

REINA.—¿No os admiráis, Señor?

FELIPE.—La admiración es una alabanza involuntaria en que no debe caer un rey. (A Fontanares.) ¿Qué deseas de mí?

FONTANARES.—Lo que pidió Colón: un buque,

y la presencia de mi rey en el hermoso día de la prueba.

FELIPE.—Tendrás al rey. á España y al mundo entero. Dicen que estás enamorado de una joven de Barcelona. He de ir á la otra parte de los Pirineos, para visitar mis posesiones de Rosellón y Perpiñán. Tomarás el buque en Barcelona.

FONTANARES.—Dándome el buque, señor, me hacéis justicia; dádomelo en Barcelona, me hacéis una gracia que convierte á vuestro súbdito en esclavo.

FELIPE.—Pero, tened entendido que perder un buque del Estado es arriesgar la cabeza. La ley lo quiere así...

FONTANARES.—Lo sé, y acepto.

FELIPE.—Pues bien, joven intrépido, que logres hacer navegar tu buque sin velas ni remos, como empujado por un viento favorable. Dime, ¿cómo te llamas?

FONTANARES.—Alfonso Fontanares.

FELIPE.—Serás, pues, don Alfonso Fontanares, duque de... Neptunado, grande de España.

DUQUE DE LERMA.—Señor... los estatutos de la grandeza...

FELIPE.—Calla, duque de Lerma. El deber de un rey es elevar al hombre de genio por encima de todos los demás, para honrar el rayo de luz que Dios puso en su inteligencia.

INQUISIDOR.—¡Señor..!

FELIPE.—¿Qué quieres?

INQUISIDOR.—No encarcelamos á ese hombre porque tuviera pacto con el demonio, ni porque fuera impío, ni porque perteneciera á una familia sospechosa de heregía, sino para seguridad de todos los monarcas.

Por haber roto las barreras al pensamiento, la imprenta ha producido ya á Lutero, cuya palabra ha volado por todas partes con funesta rapidez: pero este hombre quiere hacer un solo pueblo de todos los pueblos de la tierra; y ante este poder inmenso, el Santo Oficio ha temblado por la realza.

FELIPE.—Todo progreso viene del cielo.

INQUISIDOR.—El cielo no manda todo lo que permite.

FELIPE.—Nuestro deber consiste en hacer buenas las cosas que parecen malas, en hacer de todo, un punto de la circunferencia cuyo centro es el trono. ¿No ves que se trata de realizar el dominio universal, sueño de mi glorioso padre. ? (A Fontanares.) Está dicho: grande de España de primera clase; y pondré sobre tu pecho el Toisón de oro. Serás, en fin, gran maestre de las construcciones navales de España y de sus Indias... (A un ministro) Presidente, expide hoy mismo, bajo pena de incurrir en mi desagrado, la orden de poner á la disposición de este hombre, en nuestro puerto de Barcelona, un buque de su elección, y... que no se ponga obstáculo alguno á su empresa.

QUÍNOLA.—¡Señor...!

FELIPE.—¿Qué quieres?

QUÍNOLA.—Ya que estáis aquí, conceded el perdón á un infeliz llamado Lavradi, condenado por un alcalde sordo.

FELIPE.—¿Será eso una razón para que el rey sea ciego?

QUÍNOLA.—Indulgente, señor; es casi lo mismo.

FONTANARES.—Gracia para el único hombre que me ha sostenido en la lucha.

FELIPE.—(Al ministro.) Este hombre me ha hablado, le he tendido la mano. Expide las órdenes de gracia completa.

LA REINA.—(Al rey.) Si este hombre (Señalando á Fontanares) es uno de esos inventores que Dios envía de tarde en tarde para honra de nuestra especie, habréis hecho una hermosa obra, don Felipe.

FELIPE.—(A la reina.) Es muy difícil distinguir un hombre de genio de un loco. Pero si ese fuera un loco, allá se van mis promesas con las suyas.

QUÍNOLA.—(A la marquesa.) Aquí tenéis vuestra carta. Pero, entre nosotros, no escribáis más.

MARQUESA.—Nos hemos salvado. (La corte sigue al rey que pasa.)

ESCENA XIV

FONTANARES y QUÍNOLA

FONTANARES.—Sueño. ¡Duquel! ¡Grande de España! ¡El toisón de oro!

QUÍNOLA.—¡Y las construcciones navales! Tendremos proveedores á quienes proteger. La corte es un país del demonio. Prosperaré en ella. ¿Qué hace falta? ¿Audacia? Puedo vender. ¿Astucia? Y el rey que cree que fué Nuestra Señora del Pilar quien .. (rie.) ¡Hola! ¿en qué piensa mi señor?

FONTANARES.—¡Vamos!

QUÍNOLA.—¿A dónde?

FONTANARES.—A Barce'ona.

QUÍNOLA.—No, á la taberna. Si el aire de la Corte da buen apetito á los cortesanos, á mí me da una sed insoportable. Y, luego, mi glorioso maestro, ya veréis trabajar á

vuestro Quínola; porque no hay que hacerse ilusiones, entre la palabra del príncipe y el éxito, encontraremos tantos envidiosos, enredadores, ergotistas, malévolos, animales de uñas afiladas, rapaces, llenos de voracidad, parásitos de vuestra empresa, en fin, vuestros gorgojos, encontraremos tantos como los que hemos encontrado entre vos y el rey.

FONTANARES.—Para obtener á María es preciso triunfar.

QUÍNOLA.—¿Y por nosotros, nada?